

Dirección, LEANDRO VALLE 15.

SUMARIO

TEXTO:—*La Coqueta*, por Emilia Calé Torres de Quintero.—*Sección dedicada a las madres. ¡Polvos niñas!* (Continuación), por Rosario de Acuña de Laiglesia.—*El trabajo femenino*, por I. de la M.—*A mis hijas*, por Juan de D. Peza.—*Homenaje a Concepción Gimeno de Flaquer*, por Pedro Teodosio Labastida.—*Un sueño* (continuación). Comedia en un acto, por Julio Espinosa.—*Crónica mexicana*, por un Mexicano.—*Un viaje de novios* (continuación). Novela original de Emilia Pardo Bazán.—*Explicación de las ilustraciones.*—Anuncios.

ILUSTRACIONES:—Retrato de Esther Tapia de Castellanos.—Estar de monos.—Retrato de Santiago Wastall.—Niza. Pabellon de San Rafael.

LA COQUETA.



Es aquí el tipo con que vamos a ocupar por un momento la atención de nuestras lectoras, haciendo varias consideraciones al describirlo. Tipo especial, dado á conocer ya, es verdad, multiplicadas veces por muy elocuentes y autorizadas plumas, pero nunca lo bastante para que estén de más las reflexiones que sobre él puedan hacerse aún.

La coqueta comienza desgraciadamente muy temprano á recorrer la senda peligrosa que, guiada por sus ilusiones, se propone seguir.

Desde la edad en que le es necesaria para su instrucción la asistencia al colegio, ya recibe un número considerable de billetes amorosos, de origen también infantil, que una niña más sensata rechazaría, pero que ella mira como triunfos sobre sus compañeras, creyendo hijas de su mayor mérito esas conquistas pasajeras, cuando, por el contrario, son las que acusan su ligereza.

Ved á la coqueta en otra fase de la vida muy distinta, pero que á ella le ofrece la misma vía, siempre fácil para sus fines.

Adivinada en la niña huérfana de madre y á la que su padre resuelve colocar en un convento como educanda, por no estar su carácter y proceder en armonía con los consejos y preceptos de sus mayores, sin que esa niña de genio versátil, consolide sus ideas, ni repliegue los vuelos de su coquetismo en aquel asilo de santidad. Las paredes del convento le suponen muy poco, pues desde que las buenas siervas del Señor entonan su primera oración en el coro, hasta que la campana marca la hora de silencio, la alegre educanda, interesando sacristanes y mandaderas, habrá visto una tras otra á sus muchos adoradores rondando en amorosa competencia las tapias de su morada, á despecho de las prohibiciones y cláusulas de la superiora, que tiene al fin que renunciar á la educación de la niña, y suplicar á su padre la releve de un cargo imposible para ella.

Así va continuando la coqueta, descuidada en el cumplimiento de sus deberes, y poseída de un excesivo afán de llamar la atención de los hombres sin fijarse en las condiciones de éstos; y así, á la vez que los años trascurren, va despertándose en ella un nuevo sentimiento que es su mayor tirador: la envidia.

Ya no le es posible ver con indiferencia el homenaje rendido á otras mujeres, por sus virtudes ó sus méritos personales.

Ella quiere rematar en absoluto y llevar uncidos al carro de sus caprichos todos los hombres que cree fáciles de manejar, para entretener con un amor que está muy lejos de sentir su corazón.

Para ella, nada supone la amistad de la mujer, porque no le merece respeto; y sin la menor consideración, juega con las más caras afecciones de una amiga, por la sencilla razón de antojárselo el hombre que ama á ésta.

Su mente, siempre dispuesta á fraguar nuevos y diabólicos planes para el logro de sus deseos, acaricia la idea concebida y espera anhelante una ocasión propicia; por ejemplo, un carnaval.

Entre el círculo de sus amigos, que son, por lo general, jóvenes inexpertos ó calaveras, busca uno, al cual hace admirar el mérito de su amiga y observar las galanteos que le prodiga su verdadero amador. El joven, inconscientemente cae en la red tendida por la coqueta, y se aproxima á aquella mujer que sólo responde por cortesía á las palabras del nuevo galanteador, despertando en éste, sin pensarlo, con su esquivéz, el amor propio herido. La coqueta sigue anhelante en su intriga y, á favor del artificio, que autoriza lo que la buena educación rechaza, al ir á un baile en el que se halla su inocente amiga, hace ver

al verdadero amador de ésta, que tiene enfrente un fuerte é invencible rival, logrando de este modo que se resienta igualmente su amor propio, y que á partir de aquella noche de baile, esperada como grata por los amantes, se inicie el rompimiento de unas relaciones que parecían presagiar un bello futuro.

Misivas, llenas de reconvenções unas, y otras de disculpas, y después el recuerdo, es lo que queda de aquellos amores.

Es cierto que se deshizo aquel lazo amoroso, pero en verdad que la coqueta no puede ostentar el trofeo de su victoria, pues tan sólo no logra su objeto, sino que pierde al amigo, porque éste conoce entonces la trama urdida y da un adiós á lo que sólo desprecio le inspira.

La coqueta halaga su vanidad cuando por un capricho provoca un duelo entre dos apasionados suyos, aunque éstos para vergüenza de ella y arrepentidos después de mútuas declaraciones, al considerar el mezquino idolo por quien rompian lanzas, vayan á terminar el enojoso asunto en torno de la mesa de un café, saboreando el agradable moka y dedicando más tarde á nuestra heroína una epístola severa y un tanto burlesca que los dos redactan, y que pudiéramos llamar la esquila de defunción de aquellos amores, que la obligan á exclamar mirándose al espejo con una estudiada sonrisa: *á rey muerto, rey puesto*.

Esta mujer, que indiferente mira el rompimiento amoroso entre dos seres que se amaban, y que califica de romántica á la que llora la pérdida de otro corazón, porque el suyo nunca ha sentido amor; ésta, que no ignora las continuas reconvenções de la madre que ve cómo su hijo desperdicia en frívolos devaneos un tiempo muy precioso para el adelantamiento de su carrera, esta mujer, que no se inmota al observar que ella es origen de todo ésto, sigue impávida su no interrumpida serie de conquistas, porque así existe dichosa, olvidada de sus deberes, desayendo los consejos de los suyos y viviendo sólo para el tocador, que es su más querido confidente.

Cuando la coqueta es verdaderamente hermosa, ilusionada con este don, cree más duradero el inseguro pedestal de su imperio, y no piensa que algún día tendrá forzosamente que derrumbarse. Sor la reina de los saraos y contar los días por sus conquistas; atraer en la calle las miradas de todos los hombres: ¡ahí su ideal!

La coqueta no es exigente en condiciones personales, cuando pretende formar su corte de adoradores, pues como cree seguramente que su corazón no se ha de interesar jamás, cifra sólo su dicha y su orgullo en ostentar el mayor número posible de amantes, envueltos en sus artificiosas redes, desde el joven imberbe, que lanza su primer suspiro amoroso, hasta el célibe más encanecido en las luchas de Cupido.

Balibiciosa en el baile, romántica en el duelo, piadosa, aparentemente, en el templo, severa cuando viaja sola con su doncella, y expone á los compañeros de su agrado el objeto de su expedición, que es, por ejemplo, buscar alivio á sus dolencias en algún establecimiento balneario (nada le importa el lugar, pues éste no es obstáculo á sus fines), sabe adaptarse perfectamente á todas las situaciones que se le presentan.

La coqueta, en fin, que, como ya hemos manifestado, comienza á demostrar su tendencia poco favorable en los albores de su vida, encuentra en la juventud un campo limitado para sus hazas siempre crecientes.

Mas el tiempo no pasa en vano, y un día ve con sorpresa que él ha marcado una huella inexorable en su existencia.

Aquel espejo, confidente de sus devaneos y consejero inconsciente de sus frivolidades, le anuncia que ha llegado el fatal momento de mezclar una hebra de plata á sus negros cabellos y marcar una arruga indestructible en aquel rostro antes tan terso y sonrosado.

Este es un desencanto que hiere mortalmente el corazón de la coqueta; no obstante ésto, es preciso luchar sin preocupación, y lo hace con éxito por algún tiempo, gracias á los recursos de la moda.

Para fortuna suya, aunque no siempre sucede, guiado por el fulgor de un sol que ya declina, cae algún incauto en sus redes, y entonces la coqueta se presenta ante el mundo, vencedora, enarbolando la bandera de su victoria, que ya parecía haberse plegado para siempre.

Pero no la creamos segura en la cúspide de su nueva dicha. Esta es la última llamarada de una luz que brilla y se extingue por la postrera vez.

Sus frivolidades no pueden solidificar un lazo que las virtudes, á falta de la juventud, haría duradero y grato, y por consiguiente rompe apenas se anuda, legando á la coqueta su eterna desventura.

Abandonada, al fin, del hombre que no puede transigir con sus caprichos, vive sin afecciones, sin familia, pues hasta sus parientes se alejan de ella, quedándole sólo recuerdos que le son harto desagradables.

El espejo, su íntimo amigo, térnase en el más ingrato de ellos, y lo recon-